## XI

Eran las tres, y en la Sala de lo criminal empezaba á decrecer la luz. Una apiñada multitud invadia el local, llenaba los corredores, y en oleadas violentas refluia sobre las tribunas reservadas á los abogados y á los periodistas.

En un recodo, en primera fila, aisladas sin embargo, y al abrigo de miradas indiscretas, Antonieta y la tia Isabel asistian desde por la mañana al terrible debate en el cual estaba comprometido todo lo que les era más caro en el mundo; la honra y la vida de Roberto.

Ante ellas se hallaba un espacio, en cuyo centro estaba la barra, y más lejos la mesa con las piezas de conviccion; una toquilla de lana y un pañuelo de seda.

Allá en el fondo, el tribunal, impasible é imponente, se destacaba con severa gravedad; á la izquierda el Jurado, y á la derecha el banquillo de los acusados, en donde, entre los gendarmes, se veia á un Clairefont. A los piés de su cliente, sentado en el banco de la defensa, Pascual se apercibia á la lucha, vestido con su toga negra, llevando el blanco armiño sobre la espalda. Todo el auditorio prestaba una atencion apasionada. Entre la acusacion y la defensa se libraba violento combate de argumentos.



El interrogatorio habia sido favorable á Roberto, el cual, siguiendo los consejos de Pascual, se mostró lleno de tacto y de moderacion. La declaracion prestada por el doctor Margueron habia causado buen efecto; pero las de los testigos impresionaron mucho al Jurado. Tondeur y Fleury hicieron referencia á ciertas violencias habituales en el presunto asesino, y éstas eran de un efecto terrible en contra del jóven.

Pourtois, titubeando, y con voz temblorosa, habia relatado la escena de la muerte. Los Tubœuf y el palafrenero de Montagne habian venido tambien, y el atroz Chassevent fué escuchado por el Presidente, en virtud de su poder discrecional.

El conjunto de las acusaciones, encadenadas con suma destreza, presentaba una porcion de pruebas difíciles de atacar. Sin embargo, Pascual, con una sangre fria y un acierto inquebrantables, habia dirigido varias preguntas á los testigos, haciéndoles disentir en sus declaraciones y tratando de poner en contradiccion á unos con otros.

Uno de los puntos que más se esforzaba en hacer resaltar era la buena inteligencia que existia entre Rosa y Roberto. Le habia seguido de buena voluntad; no necesitó hacer ningun esfuerzo para decidirla. Y todos contestaban afirmativamente, creyendo ver en ello un principio de prueba del crímen. ¡Ah, ya lo creo! Iba agarrada alegremente de su brazo la pobrecilla. Se la oia reir en el camino. No se resistia y coqueteaba con el hijo del marqués.... Pero él ...

En el banco de encima, lustroso por el contacto de los criminales que en él se habian sentado, Roberto escuchaba impasible. Y en el fondo de su alma, una voz se elevaba protestando contra la iniquidad de su proceso. Pensó: «Yo he negado muchas veces los errores judiciales, diciendo que eran imposibles, y, sin embargo, siendo inocente me siento anonadado bajo esta multitud de testimonios irrefutables. Y si la luz no se hace en el espíritu de estas gentes que están sentadas enfrente de mí al oir á mi defensor, me van á condenar con la conciencia de obrar bien.»

Sin embargo, permanecia tranquilo, sin oponer más que la orgullosa firmeza de su actitud á las acusaciones que se le dirigian. Sólo una vez, cuando oyó á Chassevent acusarle con rábia, perdió la paciencia, y bruscamente, dirigiéndose al corsario, dijo:

—El crimen de que Vd. me acusa, y que no he cometido, no es el único de que ha sido teatro el Gran Margal. Tambien ocurrió hace poco una tentativa de asesinato, y de ella Vd. nada dice.

Chassevent palideció. El Presidente pidió á Roberto que se explicase. Pero él, recobrando su sangre fria, le contestó:

—No me encuentro aqui para acusar, sino para defenderme. Ese hombre sabe muy bien lo que he querido decirle...

Fué imposible lograr que pronunciase una palabra más. Pero la acusacion habia perdido terreno. La temerosa sombra de lo desconocido se cernia sobre el fiscal. Un misterio se imponia á la inteligencia de los oyentes.

El discurso del abogado de la parte contraria á Roberto restableció el combate. Elegante, conciso, pérfido, envolvió á Roberto en una malla de pruebas morales, dejando al ministerio público la ventaja de apoyarse en las pruebas materiales.



Mientras duró este terrible ataque, Antonieta y la señorita de Saint-Meurice estuvieron como sobre áscuas.

Lo que sufrieron es imposible decirlo. Juzgaron la causa perdida. Nunca podria borrar su defensor las huellas de esta terrible diatriba, en la que el carácter de Roberto estaba analizado con terrible habilidad. Todo lo que tenia de bueno y generoso quedaba oscurecido, resaltando en cambio lo malo; su soberbia y su violencia naturales. Descrito de esta manera, el jóven era, sin duda alguna, el autor del crímen. Estranguló á Rosa por un movimiento brutal, inconsciente quizás, pero no ménos funesto por sus efectos.

La respuesta de la acusacion fiscal infundió aún más pavor en el ánimo de las dos mujeres. Este magistrado, con la voz hueca, de pié, vestido con toga encarnada, les hizo el efecto del precursor del verdugo. Con el brazo amenazador, parecia querer apoderarse de la cabeza de Roberto. Su enfática elocuencia les parecia tétrica. La parte teatral que tiene el aparato de una audiencia influyó en ellas, sumiéndolas en una postracion invencible. Comprendieron, sin embargo, que, en medio de la retahila de palabras rebuscadas, el fiscal reconocia la existencia de circunstancias atenuantes. Indicaba el presidio en vez del patíbulo, y ante esta idea, se apoderó de la tia Isalel tal desesperacion, que á no ser por Antonieta, hubiese intervenido interrumpiendo la audiencia y causando un escándalo irremediable.

—¡La cárcel, el presidio! ¡Nunca! (gruñia la vieja solterona.) ¡Un Clairefont! ¡Antes le proporcionaria yo misma un veneno!

—Ten calma, tia (murmuró Antonieta.) Te lo ruego. Mira qué tranquilo está Pascual.

—¡Lo que está es anonadado!

El discurso del representante del ministerio público fué un llamamiento á la severidad del Jurado, esclarecido guardian de la igualdad judicial, y una enérgica diatriba contra la holganza que conduce al crímen. Las últimas palabras fueron escuchadas en medio de un terrible silencio.

Despues el Presidente, con reposada voz, pronunció la frase usual: «El defensor tiene la palabra;» y en medio de un murmullo de curiosidad se levantó Pascual.

Estaba muy pálido, pero nunca resolucion más enérgica se reflejó en rostro de hombre de foro. Se volvió hácia el auditorio, y le abarcó con su mirada penetrante. Fijó un instante los ojos en Antonieta, como para pedirla inspiracion, y empezó á hablar. Al principio muy bajo, con una especie de indolencia, como si desdeñara refutar los argumentos de sus adversarios, y con esta entonacion apagada, su voz tenia una dulzura penetrante, que produjo en el auditorio un estremecimiento de placer.

Antes de que empezara á discutir, se imponia ya con el mágico poder de su acento.

Asemejaba un gran músico ejecutando el preludio de una pieza de efecto, precursor de algo muy grande, en medio de delicados y suaves acordes. Era de una manera tan evidente dueño de todas sus facultades, que el ilustre abogado de París frunció el entrecejo, y aunque afectaba indiferencia, cesó de clasificar los documentos de un legajo que tenia entre manos.

El tribunal se habia incorporado sobre las anchas butacas. El Jurado, poseido de esa turbacion interior



que producen irresistiblemente los grandes artistas desde la primera nota ó los primeros compases de la batuta, estaba inmóvil y sorprendido.

En la gran sala, opaca ya por la proximidad de la noche, no se escuchaba el más ligero rumor.

El discurso de Pascual se desenvolvia melodioso, y prestándole las tinieblas un encanto más, resultaba avasallador de puro poético. Antonieta, con el alma oprimida y el corazon palpitante, escuchaba con angustia y arrobamiento á la vez al defensor de su hermano. ¡La jóven lo sabia; por amor hácia ella, era por lo que hablaba así Pascual!... Sí, todas aquellas seducciones se dirigian á ella. En su turbacion, apenas si podia oir la palabra del sábio jóven. Pero la mirada de éste, sin apartarse de su objeto un instante tan sólo, era aún más elocuente que sus frases... «Te adoro (le decia). Todo lo que he hecho, todo lo que haré, es para agradarte. Lucho por tí, por tí sola; desecha toda inquietud; puesto que defiendo tu causa, ¡encontraré fuerzas sobrehumanas y triunfaré!»

Antonieta sintió renacer en su alma súbita confianza. Ya no tenia miedo; fué presa de una especie de éxtasis, que no la permitia distinguir lo falso de lo verdadero. Parecíale que la envolvia una nube; perdió la conciencia de las cosas que la rodeaban; se creyó trasportada á los espacios celestes en donde cantaba una voz divina, y esta voz evocaba los recuerdos de su infancia y la de su hermano; y el parque de Clairefont se le aparecia bañado por los rayos del sol. Pascual lo desmenuzaba todo. Una pobre mujer enferma andaba sobre la terraza; era la marquesa con el sello de la muerte impreso en la frente. ¡Pobres huérfanos, que no habian conocido los encantos de la ternura materna, y que, entre un padre completamente dedi-

cado á los trabajos científicos, y una tia de corazon ardiente, pero exento de dulzura, habian crecido en medio de una libertad casi salvaje!

La vida de familia, en el fondo de aquel gran castillo, silencioso y desierto, monótono, triste, á pesar de animarse por el respetuoso afecto de los niños hácia su padre y el de éste por ellos; la sumision á sus caprichos, y poco á poco la ruina apoderándose de la casa; la hostilidad, producida por la concupiscencia de todo un pais, creciendo alrededor de un anciano maniático; todo se reprodujo á la voz del letrado...

El cuadro completo de una lucha sorda librada por los confederados, que deseaban apoderarse de las riquezas de Clairefont, contra el pobre marqués, enloquecido por su manía, adquirió fatídicos tintes, y toda la parte enigmática que encerraba aquel asunto empezó á descubrirse sondeada en sus profundidades más íntimas.

La voz divina cantaba siempre. Ahora ya no acariciaba ni enternecia; era sonora, severa, enérgica, é imponia respeto y tristeza.

Conmoviendo aún más que antes, iba derecha al alma; armoniosa y llena de colorido, demostraba é imponia la conviccion triunfante en los espíritus. Los períodos eran mas rápidos, los argumentos se hacian más contundentes, lanzados al asalto como una columna de ataque. Y Antonieta escuchaba, dominada por ardiente y febril curiosidad, fundiendo su alma con la de aquel que encantaba sus oidos, viviendo su vida misma, y animándose con su entusiasmo. Estaba enteramente en él, le ayudaba, le influia, le daba bríos se habia apoderado de ella la ilusion de que con esto defendia tambien ello á su hermano. Aquella palabra clara y



potente, era la expresion de su pensamiento... Hablaba por boca del abogado.

La sensacion fué tan viva, que la jóven salió de su éxtasis. Sus ojos distinguieron lo real. Tornó á ver la multitud, á su tia, á los jueces, á su hermano y á Pascual.

Ya no estaba pálido; la más enérgica animacion se retrataba en su semblante, teñido de vivo carmin, y sus ademanes eran desenvueltos y majestuosos. Discutia con sarcástica ironía, y todas las preguntas que habia dirigido mientras se interrogaba á los testigos le servian para la defensa. Luchaba cuerpo á cuerpo con sus adversarios, y les aplastaba bajo el peso de sus razones. Los hechos acusadores de Roberto, aquel edificio tenebroso levantado por la fatalidad y la mala fé, se derrumbaba, y no quedaba de él más que ruínas. Por medio de una série de razonamientos admirablemente enlazados, se propuso demostrar que ningun móvil pudo impulsar al crímen á su defendido, y obtuvo su propósito. ¿Por qué habia de querer matarla? ¿Con qué miras? ¿Por qué razones? Todas las presunciones morales eran inútiles, y no podian influir ni un solo momento, como no fuera en los espíritus pequeños y raquíticos. Y si las morales nada demostraban, las pruebas materiales todavia eran más insignificantes y más débiles. ¿Quién vió al asesino? ¿Chassevent y Pourtois? ¿Cómo y cuándo? En la oscuridad, huyendo entre árboles, y ésto un instante tan sólo. ¿Y qué valor merecia el testimonio de un padre arrastrado por la codicia de obtener una fuertesuma en calidad de indemnizacion de daños y perjuicios? ... él le convenia que el señor de Clairefont fuese el culpable, porque tenia con qué pagar, y no un cualquiera, acaso un bandido miserable, asesino misterioso del cual na-

da podia esperar fuera de la venganza. ¿Y Pourtois? Aquél testigo tembloroso y asustado siempre, sometido á horrible tortura por el remordimiento, que balbuceaba sus declaraciones, mirando con miedo á su compinche, no era más digno de crédito que éste, porque en su conducta se veia que estaba influido por las amenazas del otro. ¡Y sobre semejantes testimonios se pretendia fundar una acusacion que envolvia deshonra y dolores sin cuento!....

Indignado, irónico, agresivo, volvió á hacer méritos de la conspiracion fraguada en contra de aquella pobre familia; puso de relieve el lazo en que se envolvió á Roberto, sin consideraciones ya, hiriendo con saña por doquier á todos sus enemigos, lanzando el sarcasmo, como mortíferas balas que iban á destrozar los baluartes de los contrarios á su causa.

Los confederados veian caer sus fortificaciones con estrépito, y el terror les invadió. Su adversario era dueño del campo; todo estaba ya en tierra; de la acusacion restaba una sombra, próxima á desvanecerse.

Fleury, Tondeur y Chassevent cambiaban miradas terroríficas. Pourtois suspiraba en un banco, aplastado por la pesadumbre de su mal proceder. La victoria de Pascual era indudable; el auditorio, ya del todo suyo, comenzaba á ondular con deseos invencibles de aplaudir.

Entonces, el orador, volviendo de súbito á recobrar el dulce acento con que dió comienzo á su discurso, desarrolló el epílogo, tan tierno y armonioso como una plegaria. Sus palabras eran á tal punto sentidas, que subyugaban el ánimo; no pretendia reivindicaciones; sin enfurecerse, rogaba, influia sobre el corazon de los jueces, poniéndole de manifiesto la tremenda responsabilidad que les cabria si condenaran á un



inocente, no ya á morir ó á pasar la vida en una cárcel, con sólo que le retuvieran lejos de los suyos y bajo el peso de una acusacion infamante. La sombra de la víctima, de aquella pobre niña tierna y cariñosa para el jóven que la queria y la respetaba, se debia alzar irresistible, implorando gracia para el inocente...

El auditorio se decidió por completo; la dureza de corazon de los más fuertes y más encarnizados defensores de la rigidez de la justicia, se ablandó hasta borrarse del todo; todo era cándido y puro en el desdichado á quien se creia un miserable. La voz de Pascual se extinguió poco á poco, y resonó entre el público un murmullo anhelante, como un sollozo enorme.

Antonieta y su tia se miraron contentas; era la primera vez que tal sucedia desde por la mañana. Tenian las dos los ojos llenos de lágrimas, pero la esperanza brillaba en ellos. Se apretaron las manos, temblorosas, sin atreverse á cruzar la palabra, y un murmullo las volvió á poner en zozobra. El abogado contrario se levantó á replicar, y en su rostro se revelaba profunda irritacion. Convencido de que habia de hacer el último esfuerzo, so pena de la más completa derrota, atacó atrevido el asunto en lo privado, en las personalidades, sin pudor ni reparo. Con diabólica intencion se apoderó de la idea de Pascual sobre el complot fraguado en contra de la familia Clairefont, y comenzó una série de tremendas alusiones. ¡Cómo! ¿Era Carvajan el denunciador de tales hechos? ¿Podia esto ser cierto cuando representaba el eco de una opinion sin importancia, áun cuando pública, que señalaba al mismo padre del letrado defensor como alma de la pretendida conspiracion? ¿Las operaciones financieras, legales del todo, merecian el nombre de *conspiracio-*

*nes?* El afan de triunfar llevaba más allá de lo justo al representante del presunto reo, de lo que á sí propio se debia. Porque las razones aducidas en favor de Roberto de Clairefont eran inexplicables en sus lábios, y tenian por objeto único el deseo de extraviar el juicio del Jurado.

Semejantes argumentos causaron penosa impresion en el auditorio. Los jurados se miraron; el corazon de Antonieta se oprimió hasta faltarla el aliento; comprendió el alcance de las envenenadas frases que acababa de escuchar para herir al noble Pascual; apretó con fuerza el brazo de la señorita de Saint-Meurice, y sus labios murmuraron:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

Pascual, herido como si una víbora le hubiese picado, movió la cabeza como un leon herido, y lanzando fuego por los ojos, golpeando con los puños el balaustre de la tribuna, exclamó:

—¡He ahí adónde conduce la injusticia!... Ya que no se puede envolver en la infamia á mi defendido, se dirige un golpe sañudo á mi personalidad. Se me acusa de haber olvidado el nombre que llevo, ocupando este puesto. Y se atreve alguien á juzgar mis actos. ¿Con qué derecho? Sí, es cierto; todo lo abandoné para venir aquí á defender con todas mis fuerzas al hijo del marqués de Clairefont. Esa es la mayor prueba de su inocencia. Yo le defiendo, yo le amparo, yo le protejo, y me llamo Carvajan. ¿Creeis que no soy hombre? ¿Imagináis que si fuera culpable no veria en su condena la mano de la Providencia, hiriendo en un sér muy querido al enemigo de mi padre? Su indignidad es mia, su honor es asimismo el mio, y éste garantiza el suyo. La calumnia que hirió á ese inocente, señala aquel otro por distinto concepto, siendo inocente también; ved ahí la razon de mi conducta; defiendo al hijo del marqués de Clairefont, y esta defensa se extiende al hombre que me dió el sér.



Fué tan violenta esta explosion de elocuencia, que las dos mujeres lo olvidaron todo para no ver más que la sublime indignacion de Pascual. Estaba transfigurado; miraba, desafiándole, á su adversario, ávido de lucha, capaz de sacrificarlo todo en aras del afan de salvar á un sér amado por Antonieta, que llevaba su nombre y su honra.

El auditorio estaba dominado. Pascual conocia que habia ganado la partida, y hallando en su amor por Antonieta fuerzas para serenarse, con acento dulce, pero enérgico aún, concluyó diciendo:

—Creo, señores, que dije todo lo necesario. Y fuera inferir una ofensa al tribunal y al Jurado, insistir más para hacerle ver con claridad mayor la verdad que resplandece.

Fué el último cañonazo.

El Presidente, con voz tranquila, recitó la fórmula ordinaria: el Jurado estaba indeciso, y al resumir el debate, el magistrado intentó un postrer esfuerzo, tratando de llevar la cuestion al terreno de la imprudencia temeraria; es decir, suponiendo la muerte de la jóven causada involuntariamente por su matador. El Jurado se encerró en la sala de deliberaciones; el presunto reo fué retirado, y el auditorio se removió satisfecho al verse en aptitud de dar reposo á sus corazones interesados en el debate y á sus cuerpos oprimidos por la afluencia de gente.

Varios abogados rodearon á Pascual, felicitándole por su victoria. Hasta su colega parisien atravesó por entre la multitud, y fué á cumplimentarle. La tia Isa-

bel, llena de estupor, vió que se estrechaban las manos sonriendo.

—¡Cómo!... ¡Y se hablan!... (dijo.) Yo creí que iban á pegarse por lo ménos.

—Las palabras, tia, se las lleva el viento.

—¿Pero tú no oiste á *nuestro* Pascual? ¡Cuidado que vale! Yo no podia respirar, tenia *sofocacion*. Tan pronto me daba frio como calor. Talento hace falta para conmover así á la gente. ¿Has visto á los jurados? ¡Ay, hija de mi alma, que contenta estoy!

—Todavia no. Aún no hemos terminado...

—¡Bah!... ¿Qué duda cabe ya? ¿Habian de estar vendidos á Carvajan todos los jueces? Porque el asunto está ahora más claro que la luz del dia...

La vieja solterona se levantó, como empujada por un muelle, al ver que Pascual se les acercaba. Se arrancó á la admiracion de sus colegas, y venia en busca de su mas preciada recompensa; una palabra, una sola mirada de Antonieta.

—Y bien, hijo mio (exclamó la tia Isabel con exaltacion): está salvado, ¿verdad?

—Tal creo (repuso el jóven); es la opinion general. Pero la del Jurado... Esperemos que será justo...

—¡Qué lento pasa el tiempo!—murmuró Antonieta.

—Ya verá Vd. qué breve le parece cuando se reuna con Roberto para llevarle á los brazos del señor marqués...

—¡Ay! Si Dios quisiera...

—Querrá. Es decir, vamos á ver en seguida si ha querido...

La campanilla del tribunal impuso silencio. Las dos mujeres apenas podian respirar de angustia. El público, con impaciente curiosidad, volvió á ocupar la sala, Pascual, á su vez, ocupaba su tribuna. El tribunal, más severo y sombrio que antes, á la luz artificial, pues era ya de noche, inspiraba vago terror en el alma de la tia Isabel y de la pobre Antonieta. El Jurado entró; todos se pusieron en pié, y en el silencio más profundo resonaron las graves palabras del Presidente, que dijo:



—Por su honor, en conciencia, ante Dios y los hombres, la respuesta del Jurado que presido á todas las preguntas, es que *no*...

Una ruidosa aclamacion acogió el veredicto: despues, en medio de aquel tumulto, el acusado fué de nuevo á ocupar su puesto. Pálido, sin saber qué le pasaba, estaba en pié; un mugido, semejante al de una fiera herida, retumbó en sus oidos. Era que su tia Isabel, por vez primera en su vida, se puso mala. Las palabras del Presidente ordenando el cumplimiento de la sentencia y la libertad de Roberto de Clairefont, se perdieron en el tumulto. Veinte personas rodearon á la señorita de Saint-Meurice. El tribunal se retiró, y á la voz del hujier gritando: «Ha concluido la audiencia,» comenzó el desfile del público.

—Tia, vamos á buscar á Roberto,—dijo Antonieta.

Estas palabras reanimaron á la solterona, que se arregló el sombrero con aire azorado, y dijo:

—¿Dónde está?

Siguieron á Pascual, y en una sala contigua á la de la audiencia, encontraron al jóven. Al ver á su defensor, se abalanzó á él, y abrazándole, dijo:

—Á él antes que á vosotras; no me reprocheis que le quiera tanto...

—Por Dios, que bien lo merece,—dijo la solterona con voz alegre.

Luego Roberto colmó de caricias á su hermana y

á su tia, llorando y riendo al propio tiempo, y por fin, empujándolas hácia su defensor, les dijo:

—¡Abrazadle tambien!... Le debeis mi vida, porque tenia yo resuelto matarme si me condenaban.

Antonieta, temblorosa al verse junto á Pascual, creyó que iba á caerse; sintió que la apretaba la mano con fuerza convulsiva, y luego que la estrechaba contra su pecho con ternura tan grande, que la llegó al alma.

La tia Isabel no se cansaba de mirar á Roberto. Le parecia que en un siglo no le habia visto.

—¡Ya no tienes tan mala cara como ayer, pobre Roberto mio!—le dijo.

—Es, tia, que estoy muy contento.

—Señoras (interrumpió Pascual). Si les parece á Vds., nos iremos. Voy á que se extienda la órden de libertad, y en el tren de las ocho pueden Vds. marchar á Neuville. Entre tanto, se le pondrá un telegrama al señor Molejean para que prepare al señor marqués. No hay que perder un minuto que retrase su dicha...

—Como siempre, tiene Vd. razon; pero ¿van á acompañarnos estas buenas gentes?—repuso Roberto. señalando á los gendarmes que estaban cerca de él,

—Sí; han de volverle á Vd. á la cárcel de igual modo que le trajeron.

—Han sido buenos para mí, tia; deme Vd. el dinero que lleve.

La tia Isabel vació su bolsa en manos de los dos soldados, que la miraban estupefactos, y Roberto, volviéndose á Pascual, dijo:

—¡Vamos!... Confieso que ansío verme dueño de mi libertad.

Á las nueve llegaron á Neuville. El tren retardó la



marcha en el puente del Thelle, y silbó para entrar en la estacion. Roberto, asomado á la ventanilla, miraba á lo lejos los faroles que relucian en medio de la oscuridad; se volvió con emocion, y exclamó:

—Dentro de media hora veremos á mi padre. ¡Qué á gusto voy á abrazarle!

—Al bajar del tren le esperaba una sorpresa: Croix-Mesnil estaba paseándose por el muelle; los dos amigos lanzaron un grito, y antes que nadie, Roberto saltó en tierra, y cayó en brazos de su compañero de caza. El baron, con los ojos húmedos y el corazon henchido de alegría, saludó á Antonieta y á su tia, estrechó la mano de Pascual, y les dijo:

—Vengan Vds.; salgamos.

Le siguieron, salieron de la estacion, y en el carruaje, á la puerta, vieron al marqués.

Esperaba junto á Molejean la llegada de su hijo; quiso ir á recibirlo como jefe de la familia, haciendo en público aquella especie de solemne rehabilitacion. Roberto, que con tanta firmeza supo resistir á tan crueles pruebas, lloraba como un niño delante de su padre, que así le probaba su profundo cariño, y le oprimia convulso entre sus temblorosos brazos.

—Ahí tiene Vd. varias personas que son del todo felices. Pascual (dijo Molejean), y Vd. es la causa de toda su ventura. Creo que nunca le olvidarán.

El jóven movió la cabeza tristemente y repuso:

—Pierda Vd. cuidado que yo haré de modo que su reconocimiento no les obligue mucho.

Y acercándose al coche se despidió, rehusando las insinuaciones de Roberto, que queria llevársele á Clairefont con ellos. Vió alejarse la carretela en donde iba Antonieta, y cuando se perdió entre las sombras, murmuró con extraño acento: